

## “Conozco los caminos para llegar a Simón”

Cartas de amor entre Bolívar y Manuelita

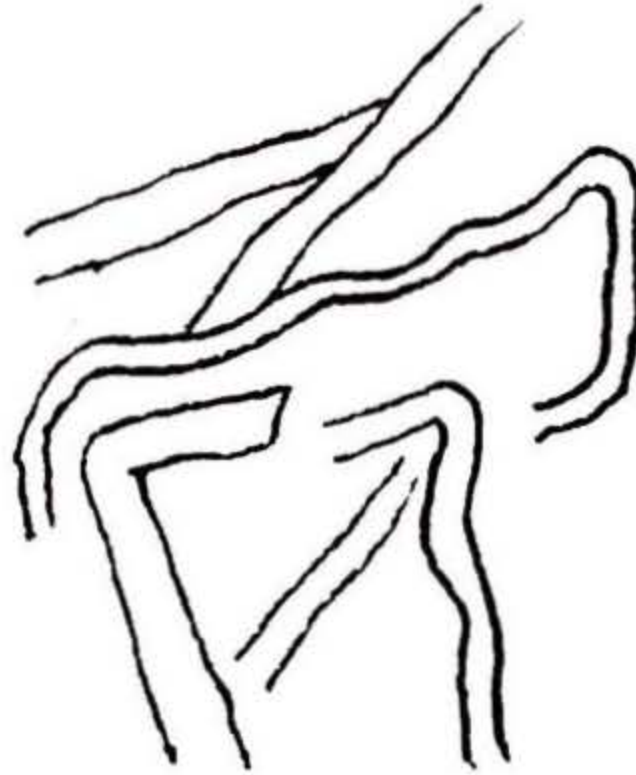
Arturo Andrade

(selección y comentarios)

Intermedio Editores, Bogotá, 2000, 158 págs.

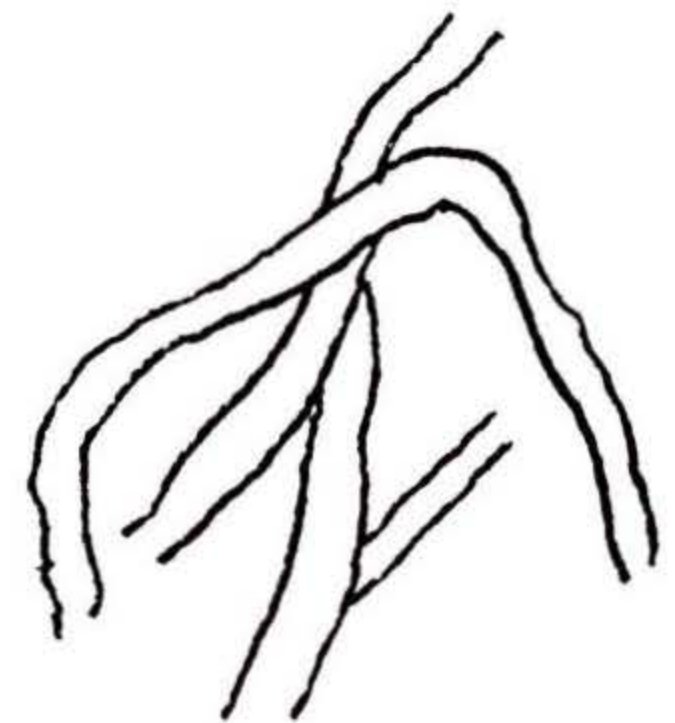
El prólogo que sirve de marco histórico a Arturo Andrade para presentar la correspondencia amorosa del Libertador y Manuela Sáenz, la acertada selección de la misma y los comentarios que la acompañan, son la mejor guía para el lector que podrá así adentrarse en el universo íntimo de dos seres excepcionales como lo fueron Bolívar y Manuelita. Lo que se ha escrito sobre el Libertador, tanto las excelentes biografías existentes como los extensos análisis alrededor de su gesta libertadora, proporciona la imagen del guerrero y del estadista genial, el perfil del hombre público en ocasiones idealizado hasta el extremo por algunos autores y bajo el cual aparece con caracteres casi sobrehumanos. Esto ha dado pie para que algunos de los detractores de su obra libertadora aduzcan una falta de objetividad no sólo sobre lo que se ha dicho de su personalidad, sino también sobre los móviles que lo guiaron y la trascendencia que esta misma obra tuvo para nuestra historia y para la de aquellos países suramericanos que alcanzaron su independencia gracias a su genio. Como aclara Andrade en su libro, las cartas que aparecen en éste son apenas una parte de una correspondencia más extensa y de la cual sólo se ha salvado para la historia una mínima muestra. Esta circunstancia, quizás irremediable, parece sumarse a la fatalidad que marcó siempre la vida del Libertador, su destino, no aquel que él mismo eligiera y que logró cumplir con grandeza, sino ese otro que sus contemporáneos, en su ceguera histórica, se empeñaron en frustrar: el más gran-

dioso de sus sueños, como era el de crear una poderosa nación unificada a partir de un reguero de provincias dispersas heredado de España.



Cuando se hallaba cerca de coronar la gesta libertadora que sería el inicio de la primera República de Colombia (convencionalmente llamada “Gran Colombia”), el azar, si éste es algo más que un simple término, puso en su camino a la mujer que debía haber sido el refugio en su soledad de genio y su consuelo ante la incompreensión de quienes lo rodeaban. En ella, en Manuela Sáenz, la fogosa y bella quiteña que a su vez parecía haber hecho de su vida una búsqueda del amor, de un amor excepcional que sólo podría realizarse con un ser de naturaleza idéntica a la suya, encontró Bolívar la compañera que su alma apasionada reclamaba, la mujer que llenaría el vacío que dejara su primero y más grande amor de juventud, María Teresa Rodríguez del Toro, la joven esposa muerta a escaso un año de su matrimonio y que seguía ocupando en su corazón el lugar que ninguna otra mujer lograría usurpar, el amor ideal que parecía haber buscado hasta entonces a través de una serie de aventuras galantes que no dejarían en él una huella duradera. El 16 de junio de 1822, durante el desfile triunfal que tuvo lugar en Quito y en el cual el Libertador apareció a la cabeza de seiscientos jinetes, vestido con uniforme de gran parada, sería el comienzo de aquel amor mutuo que llenaría la vida de am-

bos. Luego, a partir de allí, cuando Manuela, deslumbrada por su amor naciente, arrojó desde el balcón en el que se encontraba una pesada corona de laurel que cayó sobre el Libertador, sorprendido por la adorable impericia femenina, así como durante la fiesta ofrecida en su honor en casa de la influyente familia Larrea, éste pudo contemplar de cerca a la que sería la única dueña de su amor, a la mujer en la que había logrado encontrar el amor ideal de su juventud y que le brindaría luego durante algunos años sus horas más dichosas en medio de la lucha. Cuatro años más tarde evocaría en una de sus cartas aquel momento: “...Me pides que te haga un halago: te envió un delicado arte en filigrana de oro y plata y esmalte de ese azul que te encanta, y en plata aquello que evoca el baile cuando robaste mi atención y mi devoción por ti...”. En junio de 1828 Bolívar regresa a Bogotá y durante siete meses los amantes logran disfrutar de su amor lejos de los fragores de la guerra. Sin embargo, estos momentos de felicidad serían ensombrecidos por la incompreensión y mezquindad de los enemigos políticos de Bolívar; los mismos que harían luego trizas su obra gigantesca se encargarían entonces de atizar la hipócrita gazmoñería parroquial de la época y la utilizarían como arma política: el amor de Bolívar y Manuelita sería tachado de impuro y vergonzoso.



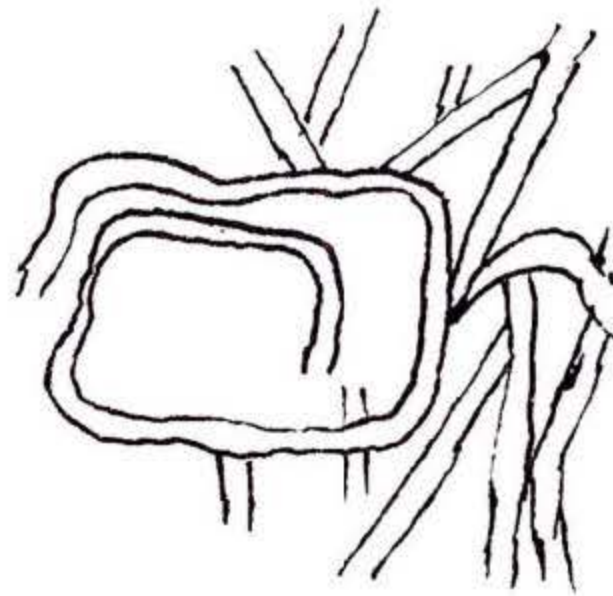
En 1830, en el año de su muerte, su gran obra integradora empieza a desmoronarse. Bolívar, enfermo y amargado, renuncia a la presidencia

de la República de Colombia y a todas sus dignidades. En mayo de ese año su salud está seriamente resentida, por lo cual decide viajar a Europa en busca de un tratamiento médico adecuado y se despide de Manuelita para dirigirse a Cartagena; a partir de entonces los amantes no vuelven a verse. Ya en esta ciudad viaja a Turbaco. A finales de noviembre, gravemente enfermo, es conducido en barco a Santa Marta y llegará allí el 6 de diciembre para hospedarse en la quinta de San Pedro Alejandrino. Once días más tarde, el día 17, muere en la que sería para él la más cruel de las soledades, como la que le impone la ausencia de Manuelita. Dos meses antes, Bolívar reclama su presencia en una carta dolorosa y conmovedora: "...Tú, Manuela mía, con tu férrea voluntad te resistes a verme. Tu influencia sobre mi espíritu ya no está más conmigo..." y finaliza la carta: "[...] Donde te halles, allí mi alma hallará el alivio de tu presencia aunque lejana. Si no tengo a mi Manuela, ¡no tengo nada! En mí sólo hay despojos de un hombre que sólo reanimará si tú vienes. Ven para estar juntos. Ven, te ruego". A pesar del aparente reproche que Bolívar hace a su amada en estas líneas dolorosas, es obvio pensar que la ausencia de Manuelita obedecía a motivos ajenos a su voluntad, pues cuando se enteró de la enfermedad de éste emprendió viaje de inmediato para reunirse con Bolívar, y sólo el 18 de diciembre, cuando se hallaba en la población de Guaduas, se enteró de su muerte, ocurrida un día antes. Lo que siguió luego constituye la más clara demostración del amor inmenso que esta mujer admirable sentía por el Libertador. Enloquecida por el dolor, se hizo morder de una serpiente venenosa para acabar con su vida. La intervención oportuna de unos campesinos que le suministraron un antídoto impidió que Manuelita se reuniera con su amado en la muerte. La carta póstuma que Manuelita le escribe a Bolívar, tan triste y dolorosa como la anterior de éste, transcrita antes, reza así: "Mi amor: mi Simón triste y amargado.

Mis días también se ven rodeados por una huraña soledad, llena de la nostalgia hermosa de tu nombre.

"También miro y retoco el color de los retratos que son testimonio de un momento aparentemente fugaz. Las horas pasan impávidas ante la inquietud ausente de sus ojos que ya no están conmigo; pero que de algún modo siguen abiertos, escrutando mi figura.

"Conozco al viento, conozco los caminos para llegar a mi Simón; pero yo sé que aún así no puedo responder a ese interrogante de tristeza que ponen las luces en su rostro, y su voz que ya no es mía, ya no me dice nada".



Aquellos que conocen con profundidad la vida de Bolívar y las circunstancias de su destino histórico saben bien cuán ligados se encuentran lo uno y lo otro. Saben asimismo que en el trasegar de este hombre genial por la historia de los cinco países suramericanos a los que soñó un día ver unidos bajo un mismo nombre, encontró en Manuela Sáenz a la mujer fuera de serie que podía complementar su ser excepcional. Su naturaleza apasionada, su aguda inteligencia y sensibilidad encontraron en la suya propia la profunda afinidad que lo uniría a ella hasta la muerte. Ambos fueron hijos del Siglo de las Luces y heredaron de éste su mejor legado: el culto a la inteligencia y a los mejores logros que ese siglo pregonaba en nombre de la Razón, el concepto de justicia social e igualdad ante la ley, el derecho a la educación para todos. Pero, no menos importante es la otra parte de aquel legado del Siglo de las Luces,

el romanticismo, y del cual dos seres singulares como Bolívar y Manuelita Sáenz se constituirían en sus más auténticos representantes. Todo en ellos corresponde a aquella sensibilidad exacerbada, a la gloriosa exaltación del arte y la belleza, su admiración ante lo grande y lo sublime que se manifiesta en las cartas de ambos, escritas con el estilo y el lenguaje del mejor romanticismo. Tanto en las cartas de Manuelita como en las de Bolívar es evidente el eco de las más bellas obras surgidas en aquel siglo iluminado. En las 81 cartas y esquelas que se conservan y que Andrade presenta en su libro, no hay ninguna que no deje de conmover al lector por su tono, apasionado en unas, juguetón y tierno en otras, en particular las escritas por Manuelita y en las que deja traslucir bellamente la delicadeza de su alma femenina, pero también la vehemencia tumultuosa de su temperamento. Las cartas de Bolívar, casi siempre en un tono sereno y contenido, parecen más acordes con su índole interior, y en ellas se trasluce una mirada reflexiva sobre su amada y el amor que ésta le inspira; busca ante todo resaltar la sinceridad de su pasión por ella y en ocasiones la aconseja o la regaña veladamente, no sin cierta tierna ironía ante la encantadora impetuosidad de su Manuela. Las cartas de ambos son casi siempre breves, pero en cada una de ellas se condensa la fuerza de aquella pasión mutua y excluyente, en particular las últimas, y en las que parece que los amantes adivinaron la tragedia de su próxima separación. Entre éstas sobresalen las últimas del libro, la postrera de Bolívar y la carta póstuma que ella le escribiera, la cual aparece sin fecha y que deja una impresión honda en el lector por su belleza conmovedora que adquiere una altura verdaderamente poética.

La figura poderosa del Libertador que se yergue sobre su historia, la historia grandiosa que él mismo escribiera, parece resaltar a su vez la de su amada. La singularidad y grandeza de estos dos seres conforman una misma naturaleza y quizá por ello la vida se encargó de unirlos con

el más grande y el más fuerte de los amores. No obstante, en la intimidad de aquella pasión la figura de Manuela surge con una fascinación nueva, tal vez por ser menos conocida. Lo que de ella se sabe, o se ha sabido, linda en ocasiones con la conseja mal intencionada, sin duda consecuencia de los ecos lejanos de la saña que suscitó en las mentes raquíticas de su época. Debíó soportar sobre sí misma el peso de la incompreensión histórica que recaía sobre su amado y que supo sobre llevar con valor y heroica abnegación. Durante el breve espacio del amor de ambos fue su guía, su inspiradora y, ante todo, su sostén moral. Con su inteligencia y su valor protegió muchas veces la vida de su amado, que había renunciado a todo en la realización de un sueño grandioso que sólo ella podía comprender. Si, como se dice, cada ser tiene un alma gemela en el mundo, las almas gemelas de Bolívar y Manuela Sáenz debían de encontrarse aquel día lejano de un 16 de junio de 1822 para construir juntos aquel doble sueño irrealizado: el de su amor, y el de la Gran Colombia.

ELKIN GÓMEZ

## Mundo intelectual en ebullición

**Arciniegas polémico.**

**Sus más resonantes controversias**

Espasa y Editorial Planeta

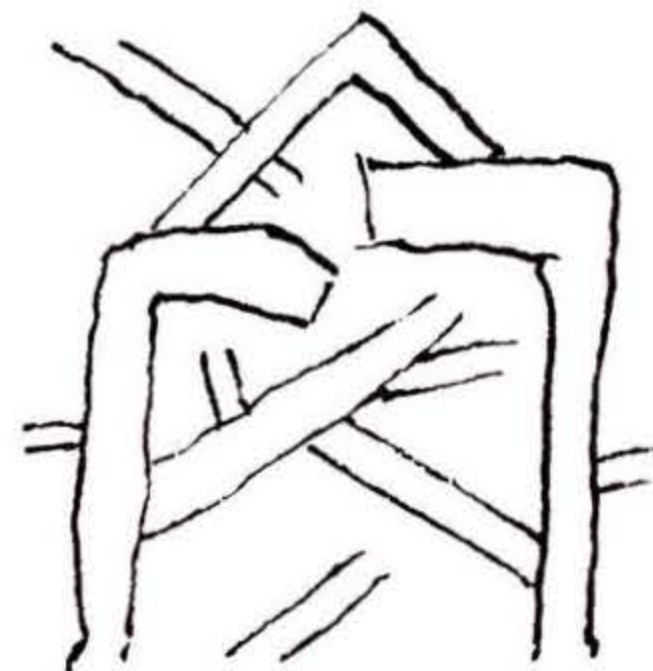
Colombiana, Bogotá, 2001, 286 págs.

Con prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda y la orientación de Otto Morales Benítez, Espasa y Planeta han publicado una selección de la obra de Germán Arciniegas, esta vez apoyada básicamente en sus más sonoras polémicas, desde su célebre controversia con Giovanni Papini hasta su sonada expulsión de la presidencia de la Comisión Colombiana del Quinto Centenario del Descubri-

miento de América. Como de costumbre, Arciniegas resulta titánico. La lista de los personajes contra quienes dirigió sus dardos abarca nombres que van desde Simón Bolívar hasta Waldo Frank, Julián Marías, monseñor Perdomo, Alfonso López Michelsen y Gabriel García Márquez. Como le dice al doctor Eduardo Santos, en su propia presentación, escrita seguramente después de muerto, "aquí en Colombia, hay libertad de palabra, hablada y escrita, tanto que puede decirse todo menos la verdad" y es que "las cosas que hay que decir no pueden decirse". Pero Germán Arciniegas las dijo, y durante un siglo entero.

Y así como en otros tiempos se estilaba debutar en la vida con un duelo, Arciniegas se mantuvo como un mosquetero pugnaz y aguerrido hasta cerrar su vida en medio de debates que por momentos fueron de una pugnacidad inusitada. Pero en especial un tema de su ancianidad permea el libro entero; ante todo su guerra declarada a lo que fue la celebración de los quinientos años del descubrimiento de América, una fiesta universal que terminó convertida en una fiesta de España. Ése fue su caballito de batalla preferido durante su gloriosa ancianidad. La posición de Arciniegas era muy clara: los quinientos años no tenía por qué convertirse en una fiesta ibérica y mucho menos ser adornada en su logotipo con el escudo peninsular, lo cual, advirtió, era cuando menos "una provocación impertinente". Y no ahorró la cólera cuando López Michelsen, en un momento de nostálgica inspiración, reclamó la reconstrucción, en 1992, de todo el Imperio español. Sus palabras no ahorraron nunca la dureza ni el tono desabrochado y provocador, y es por eso que, tras la entrada de España al Mercado Común Europeo, anotó con sorna que "los españoles quedaron felices de no seguir formando parte del África". Y es que entre España y Europa, como señala con agudeza, hay un divorcio de siglos, pues España fue la nación que, si compartió las barbaridades del Viejo Continente, no compartió ningu-

na de sus grandes aventuras humanas: ni el Renacimiento, ni la Reforma ni el Humanismo. Eso no quiere decir que entonces se tratara de una fiesta de Europa, sino universal, y Europa tenía que celebrar todo lo que había ganado con esa hazaña de un marino genovés, que tampoco fue un descubridor, porque, según Arciniegas, Colón no descubrió América sino que "abrió el camino para que esto ocurriera diez años más tarde". El Almirante de la Mar Océana admiraría "lo que sería descubierto diez años después sin que él lo supiera porque creía haber llegado nada más que a las Indias"... Y es cierto y es de admirar la imaginación desbordada de un Cristóbal Colón que muere proclamando ser el virrey de la Tierra Firme del Asia, que pensó que las Bahamas eran japonesas, que hizo jurar en Cuba a su tripulación que estaban en China, que La Española era la isla de Ofir del Golfo Pérsico (también legendaria), que Panamá estaba cerca de las minas del rey Salomón, que el Orinoco era el Ganges y que en la isla Margarita nacían no sólo el Ganges sino el Éufrates, el Tigris y el Nilo.



Y ese verdadero "descubrimiento" lo haría otro personaje, más exactamente un marino florentino, Américo Vespucio, una de las figuras más caras a nuestro historiador. El mérito de Vespucio es que él sí supo que había posado las plantas de sus pies en un nuevo mundo. Aunque lo que siguiera no fuese más que una vulgar invasión de europeos desplazados. Y no deja de ser inte-